

## EL QUEHACER DEL PROFESOR UNIVERSITARIO DE LENGUA

Luisa Portilla Durand<sup>1</sup>

*Instituto de Investigación de Lingüística Aplicada (CILA, UNMSM)*

*castellanodelima@hotmail.com*

### Resumen

El presente artículo tiene el propósito de exponer importantes aspectos de la enseñanza del curso de Lengua Española en el nivel universitario. Es necesario diferenciar los enfoques inclinados a la enseñanza de conceptos lingüísticos, frente al enfoque orientado a aspectos prácticos que responden a las expectativas básicas de un curso de Lengua Española (redacción y expresión oral). También se debe tener en cuenta la influencia del habla juvenil y popular, entendiendo que no se trata de excluirla o condenarla, sino de identificar los contextos de interacción sociolingüística en los que es pertinente usarla.

### Palabras claves:

Enseñanza de Lengua Española, nivel universitario, enfoque orientado a la Lingüística, enfoque práctico, habla popular y juvenil, redacción, expresión oral.

### Abstract

This paper aims at expounding important features in the teaching of Spanish at University level. It is necessary to distinguish between Linguistics-oriented teaching approaches from practical-oriented ones (writing and oral expression). Moreover, the influence of popular and young people's forms of speech is to be taken into account, assuming that we are not supposed to shut them out—rather we should identify those contexts of conversational interplay in which their use is appropriate.

### Key words:

Teaching of Spanish, university level, Linguistics-oriented approach, practical-oriented approach, popular and young people's speech, writing, oral expression.

---

<sup>1</sup> Lingüista, Magister en Educación, miembro de la Comisión de Ortografía y Lexicografía de la Academia Peruana de la Lengua.

## Introducción

El quehacer del profesor universitario de Lengua se mueve entre dos tendencias bien diferenciadas: trabajar en forma práctica (ortografía, redacción y elocución oral) o en forma complementada con nociones de la ciencia lingüística. Hay posiciones intermedias o —si se quiere— eclécticas, pero en el fondo se halla presente un problema de contenidos. Hay un hecho que se debe entender claramente desde el principio: el profesor de Lengua y el lingüista comparten un mismo objeto de estudio, el lenguaje, pero desde perspectivas diferentes: el profesor de Lengua debe de tener un enfoque normativo o prescriptivo (le interesa diferenciar las formas correctas de las incorrectas), mientras que el lingüista asume bien un criterio descriptivo (describe un estado de lengua tal como es, sin que le importe que algo sea correcto o incorrecto), bien un punto de vista puramente teórico (se interesa, por ejemplo, por el comportamiento general de los modos verbales o por la naturaleza de la deixis en español).

## Influencia de la Lingüística y consecuencias

En el Perú, a mediados de la década del setenta se dejó sentir la influencia de la Lingüística en la formación de los profesores de Lengua y en la imposición de un paradigma profesional que nacía del supuesto de que la formación mayormente empírica del profesor de Lengua debía reforzarse con el aporte científico de la Lingüística. A esto debe añadirse que, considerando la baja remuneración del profesorado en general, la profesión de lingüista posee más prestigio social que la del profesor de Lengua.

Los lingüistas que devinieron en capacitadores de los profesores de Lengua empezaban siempre su discurso destacando el carácter acientífico y obsoleto de la gramática normativa o prescriptiva y señalando las inconsecuencias e inutilidad de la ortografía y de la enseñanza ortográfica. El análisis gramatical (normativo) de los profesores de Lengua era combatido a través de los diagramas arbóreos de la gramática generativa. Los profesores de Lengua se encontraban poco menos que deslumbrados por las nociones lingüísticas que se les hacía conocer, y se generaba en ellos el sentimiento o percepción de que lo deseable era que el profesor de Lengua, por sus conocimientos, se pareciese lo más posible al lingüista. Para alcanzar este ideal ocurrían —y ocurren— dos cosas: 1) se introduce una mayor cantidad de cursos de contenido teórico-lingüístico en el plan de estudios de la carrera profesoral de Lengua; 2) los profesores así formados disminuyen la proporción de lo estrictamente normativo en la enseñanza que se imparte en las escuelas y colegios donde trabajan.

Como todo proceso en que se produce alguna clase de interacción, la influencia y la sombra de la Lingüística teórica, en contraste con la práctica normativa, en la formación de los profesores de Lengua y en el trabajo docente de éstos ha tenido varios efectos.

- 1) Uno positivo es que en los cursos de capacitación con orientación lingüística y en los cursos de formación magisterial el profesor de Lengua obtuvo información actualizada (aunque no necesariamente aplicable a la enseñanza y, muchas veces, en perjuicio de ésta).
- 2) Otro, negativo, es que los profesores han descuidado lo suyo (ortografía, redacción y elocución oral) por dar demasiada importancia a las modas y novedades de los lingüistas.
- 3) Esto ha traído como consecuencia el que, a fin de cuentas, el profesor de Lengua salga perdedor: ni mejora su capacidad de enseñar las tres habilidades mencionadas ni adquiere la capacidad de realizar algún trabajo lingüístico descriptivo o teórico.
- 4) Los profesores de Lengua, al incursionar en los temas de la Lingüística han ido introduciendo en el dictado de sus cursos temas relativos a esta disciplina (nociones de Lingüística General, de Historia de la Lingüística, etc.) en claro detrimento de la enseñanza de las tres habilidades básicas.

### **El aspecto léxico**

Reflexionar acerca de las formas de hablar de los estudiantes implica, en gran medida, en el Perú, indagar sobre el hablar limeño en la actualidad. Para ello partiré del comentario de algunos aspectos previos.

Hasta mediados del siglo pasado había un notable esmero por «hablar bien», sobre todo entre la gente que ostentaba prestigio económico y cultural. Con esta actitud se trataba de marcar la diferencia entre los que «hablaban bien» (la gente educada o instruida y con poder económico) y los que no lo hacían tan bien o que lo hacían mal (la gente menos educada o menos instruida y generalmente pobre). Esta división generaba, a su vez, el establecimiento de jerarquías: por un lado estaba la gente que se consideraba «superior» por su grado de instrucción y su posición social y que al hablar eran respetuosos de las formas, y por el otro se hallaban los poco ilustrados y económicamente desfavorecidos que no seguían las convenciones establecidas. Por la forma de hablar, por el uso de la «norma lingüística», se reconocían identidades sociales

y se establecían desigualdades en un país como el nuestro en el que ni antes ni ahora hubo homogeneidad lingüística ni cultural. Es decir, por razones sociales y educativas se explicaba el que se decidiera cuál era la vía correcta en el uso del castellano y cuál la vía proscrita, en la medida en que se apartaba del uso consagrado como «correcto», inclusive en la literatura.

Sin embargo, desde hace varias décadas, la situación ha variado notoriamente. El cambio consiste en una creciente actitud de rebeldía frente a la forma de hablar de las «personas educadas». Nos encontramos así ante una respuesta social frente a un estímulo lingüístico, actitud exactamente contraria a la que se dio décadas atrás. De esta manera, la lengua, particularmente el lenguaje juvenil, nos permite percibir el desafío de las nuevas generaciones frente a las maneras convencionales y el orden ponderado como «ejemplar». No se trata, pues, de un fenómeno puramente lingüístico, sino de una forma de respuesta social que identifica a los jóvenes. Y es que la lengua responde también a los cambios que experimenta la sociedad, los cuales terminan reflejándose en la valoración de la lengua, en la aceptación de ciertas formas que generalmente se disocian de la corrección gramatical, de la buena articulación fonética o de la norma considerada correcta al hablar o al escribir el castellano.

Por otra parte, la forma como se ha llevado la enseñanza en los colegios ha sido un factor que ha favorecido la difusión de la lengua popular, que es el lenguaje propio de los jóvenes, pues la atención que se le presta en las escuelas al hablar, al razonar, al dialogar, al entender, al resumir, al leer, al comentar y al redactar es casi nula. Generalmente, quien habla es el profesor y los alumnos escuchan, sin contar con que el profesor no tiene tiempo ni ánimo para evaluar a los alumnos y mucho menos discutir con ellos sobre la solución de los ejercicios planteados. De tal manera que la relación más fluida es la que se establece entre los mismos estudiantes, fomentándose aun más el vacío que existe entre el hablar juvenil y el hablar postulado por el discurso educativo. Así, los alumnos no terminan de entender el porqué y el para qué del hablar y escribir con propiedad como un ejercicio de razonamiento. No extraña, por tanto, que encuentren una forma de afirmación utilizando expresiones que promuevan, por ejemplo, cambios en las formas de tratamiento (*tío, causa, pata, chochera*) y que se apoyen en los medios de comunicación social, especialmente la prensa escrita, para ampliar su horizonte comunicativo.

Partiendo del lenguaje juvenil, muchas formas nuevas de expresión se expanden y se afianzan sobre todo cuando aparecen en los titulares

periodísticos, en carteles o anuncios, o cuando lo dice algún personaje conocido, lo que hace que estas nuevas voces excedan su espacio de uso originario y se difundan según el éxito de su curso sociolingüístico, como se han difundido, por citar sólo algunos casos, expresiones como *chongo*, *jerma*, *paletear*, *palteado*, *cocho*, *huasca*, *jato*, *mancar*, *salir en bolero*, *darle a alguien su chiquita*, *a forro*, *a la franca*, *rubia al pomo*, *dar vuelta*, *patear con los dos pies*, *estar en vitrina*, entre tantas y tantas expresiones propias del lenguaje juvenil o, más propiamente, del hablar popular, que se ha difundido y se difunde con mucha fuerza dentro del territorio nacional.

## Perspectivas

En la educación superior, la existencia de los cursos de Lengua Española debe responder necesariamente —y por sobre todo— al cometido de nivelar o mejorar la capacidad de los alumnos en las tres habilidades básicas (ortografía, redacción y elocución oral), con todo lo que ello implica; esto es, desenvolverse eficientemente como sujetos activos en la actividad de emitir y recibir mensajes. Se debe tener muy en cuenta que los estudiantes universitarios de la mayoría de universidades estatales y privadas llegan a las aulas universitarias con un severo déficit de conocimientos y competencia práctica en ortografía y redacción (situación que no es así en algunas universidades privadas, a las cuales ingresan alumnos procedentes de colegios particulares que sí imparten la necesaria formación normativa).

Si se considera que en la mayoría de los casos el currículum de las diferentes carreras universitarias contempla sólo un curso de Lengua Española (cualquiera que sea la denominación que reciba) o dos en el mejor de los casos, hay que asegurarse de que las pocas horas disponibles sean bien aprovechadas, descartando temas teóricos (conceptos como morfema, fonema, diagrama arbóreo, historia de la Lingüística, etc.) que quiten el tiempo que debe dedicarse a los temas prácticos centrales. Un agravante que demuestra lo poco aconsejable que es recomendar las lecturas de temas lingüísticos radica en el hecho de que la mayoría de textos de Lingüística son traducciones del inglés, francés o alemán, que de ninguna manera pueden servir como modelo de buena escritura o redacción, puesto que la lengua de textos traducidos difícilmente es espontánea y deja mucho que desear tanto en la sintaxis como en el manejo del léxico.

Sin embargo, conviene precisar que todas las nociones teóricas de la Lingüística científica sí tienen o pueden tener sentido en cursos destinados a

la formación especializada de profesores de Lengua o de lingüistas, pero nunca en cursos dedicados a la enseñanza de la lengua que se habla y que se escribe en el país.

### Posibles soluciones

Lo único que se puede hacer para tener éxito al impartir cursos de Lengua Española es entender cuáles son las necesidades y aspiraciones reales de los estudiantes y de las autoridades universitarias. Y, sin excepción, estudiantes y autoridades dirán que QUIEREN MEJORAR LA ORTOGRAFÍA, APRENDER A REDACTAR DOCUMENTOS Y MEJORAR SU EXPRESIÓN ORAL, todas ellas pura tarea normativa, propia y definidora del profesor de Lengua. Los que no son profesores de Lengua (lingüistas, literatos, periodistas) deben entender claramente estos imperativos: *no se trata de ofrecer en la enseñanza contenidos que les parezcan cómodos y razonables o que estén de acuerdo a la moda del momento, sino de entender y atender las necesidades reales de los estudiantes*. Si es muy intensa la vocación lingüística del profesor universitario de Lengua (sea lingüista, profesor de Lengua, literato o periodista), emplacémoslo para que canalice sus impulsos realizando trabajos descriptivos (en español, en lenguas nativas, en inglés, en chino, etc.) y publicándolos. No se trata de hablar de conceptos lingüísticos, sin un fin determinado, sino de entenderlos y aplicarlos en el quehacer descriptivo. Lo demás es repetición servil y ociosa. Sinteticemos el consejo que se debe dar a estos colegas: DESCRIBIR O TEORIZAR EN EL CAMPO DE LA LINGÜÍSTICA Y PUBLICAR, SÍ; INTENTAR TRANSMITIR NOCIONES LINGÜÍSTICAS EN CURSOS DE LENGUA, NO.

Asimismo, debemos tener presente, ante la evidente avalancha de expresiones populares usadas entre los jóvenes, un hecho que el paso de los años ha demostrado: la lengua popular nutre a la lengua estándar a través de la lengua coloquial. No se trata, entonces, de imponerles a los jóvenes que dejen de hablar en lengua popular, sino que sepan en qué momento usar los diferentes registros, tanto el coloquial, como el popular y el culto. Echar mano de los diarios que más circulan en el país y donde se difunde fundamentalmente lengua coloquial, y sobre todo popular, es un buen recurso, pues conjuntamente con ello podemos usar el diccionario. De acuerdo a mi experiencia, los alumnos se sienten muy motivados con la posibilidad de «traducir» los registros coloquiales y populares a la forma culta; los estimula llegar, a través de los recursos con que ellos cuentan, a las formas estándar que los profesores les sugerimos que usen para una entrevista de trabajo, para las exposiciones, para

la presentación de monografías. Y para este fin, la literatura también es de gran ayuda, sobre todo si es peruana, pues siempre es mejor utilizar recursos con los cuales los alumnos puedan identificarse. Leen, aprenden nuevo vocabulario, elaboran oraciones con palabras en contexto y si se diera el caso, practican el trabajo inverso: el paso de la lengua estándar a la lengua coloquial o a la popular. El objetivo es rescatar los recursos lingüísticos de los alumnos y valernos de ellos para promover el interés por la *norma*, haciéndoles ver en forma práctica que todos los registros son útiles, pero según la situación en que éstos se usen, y que siempre es mejor estar provistos de más recursos que restringirnos a una sola forma de hablar, mucho menos si ésta puede limitar nuestro desarrollo personal. No se trata, entonces, de rechazar las formas coloquiales o populares y de ponderar sobremanera las formas cultas, sino de aprender a usar los recursos lingüísticos para favorecer la comunicación tanto oral como escrita. Pretender que los jóvenes no usen los registros populares es intentar ir contra la corriente, pues la lengua popular es el medio de comunicación de la gran mayoría de peruanos, sobre todo a nivel oral. Es más, pretender ignorar estas formas de expresión implica muchas veces privarnos de la información, lo que limita nuestro poder de comunicación. Si los profesores no conocemos el lenguaje de los jóvenes, nos imponemos una barrera; pues para llegar a ellos necesitamos entender su código por lo menos de manera pasiva, es decir, comprender sus formas de expresión. Sólo luego de acceder a esta condición previa, podremos intentar que ellos se interesen por nuestra propuesta: mejorar su expresión oral y escrita a través de la práctica de la lengua culta, que si bien es la que se recomienda para las situaciones formales, es otra de las tantas posibilidades que ellos y nosotros tenemos para comunicarnos. Si no entendemos que *el castellano no es monolítico*, sino que puede hablarse de diferentes maneras, no podremos dar el primer paso en la instrucción de los estudiantes; si pensamos imponerles la *norma* sin interesarnos por sus formas de expresión, lo que obtendremos será su rechazo, pues los jóvenes son reacios a las imposiciones; si no hacemos el esfuerzo por conocer sus formas de expresión, no podremos llegar a ellos, pues la barrera de la incomunicación nos cerrará el paso.

Además, debemos tener presente que la lengua popular, que es la que fundamentalmente manejan los jóvenes, no es un lenguaje «oculto» (no es una jerga), sino —como ya dije líneas antes— es un tipo de registro que se usa en gran parte del país, sobre todo a nivel oral. Se trata, simplemente, de aprehenderlo un poco más para poder establecer el diálogo con los alumnos, sobre todo si

tenemos en cuenta que se trata de formas que los jóvenes evidentemente usan y seguirán usando porque les sirve como medio de comunicación. Lo que les hace falta es conocer las otras formas de expresión que les serán útiles más allá del entorno del barrio o de los amigos, las formas que son recomendables que conozca y use un estudiante universitario y profesional a futuro.